

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANCTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

ADVERTENCIA.

Debemos hacerla acerca de hallarse equivocada la numeracion del tomo terminado en Junio, diciendo 7.º en lugar de 6.º algunos de sus números; pero ni la paginacion ni las materias se hallan interrumpidas.

Sermon de la Anunciacion.

(Continuacion.)

No hay duda que la *comunicacion de naturaleza* entre la Virgen y Jesucristo reviste á la Señora de una grandeza sin rival, pero esta grandeza recibe nuevos fulgores de la *comunicacion* de dignidad, que existe entre la Reina de los cielos y el Hijo de Dios, rey de los siglos inmortal, invisible como Dios verdadero y visible como verdadero hombre, nacido en el tiempo de Madre Virgen

para redimirnos de toda servidumbre.

La grandeza y la gloria de los hijos se refleja en la frente de las inadres, y ellos son su mejor corona. En la Historia sagrada como en la profana estan escritos los nombres, y resuenan á través de los siglos las alabanzas de aquellas mujeres que dieron al mundo sábios ilustres, bizarros capitanes, santos esclarecidos, reyes y emperadores, artistas preclaros, y bienhechores de la humanidad, y no hay otra razon para hacer á las madres solidarias de las glorias que resplandecen en la vida de los hijos sino la maternidad y la filiacion, relaciones íntimas, sustanciales que dan origen y fundamento á esa comunicacion recíproca de glorias y grandezas, de excelencias y prerogativas en cuya virtud

decía un sábio: ¿Deseas saber quien es la madre, cual es su mérito, su dignidad y grandeza? Averigua primero quién es su hijo, cuánta su grandeza cuán excelsa su dignidad. La historia sagrada colma de alabanzas á Sara, porque fué madre de Isaac, nobilísimo tipo y alta representación del Hijo de Dios en el monte Moria; ensalza á Rebeca porque su hijo Jacob fué honrado por Dios con visiones prodigiosas; glorifica á Raquel porque su hijo José se elevó por sus méritos á la cumbre del poder, y libró de la ruina al pueblo egipcio en días de miseria y de angustia; y no escasea las alabanzas á la Madre de los Macabeos, bizarros caudillos del pueblo hebreo, sin olvidar el nombre de Bethsabé que dió al mundo en su hijo Salomón un portentoso de sabiduría, y una maravilla de régio esplendor y terreno poderío. Suenan también en las historias profanas los nombres de otras mujeres que han merecido la admiración de las gentes por haber sido madres de varones esclarecidos, como la madre de Alejandro Magno, la madre de Julio César, la madre de Carlos V, y las madres de otros célebres personajes cuya gloria se refleja sobre sus frentes como la gloria y magestad del sol

se refleja en sus satélites. De donde se colige que la maternidad es tanto mayor, tanto mas excelente y gloriosa cuanto mayor es y mas preclara la filiación. Ahora, ¿hay por ventura, ó puede darse filiación mas gloriosa que la humana filiación del Hijo de Dios? Con decir que María es la Madre dichosa de Jesucristo, formulamos un tema inagotable de alabanzas y ponemos en su cabeza, mas alta y mas bella que la cumbre del Carmelo una corona de honor y de gloria que no merecieron ni alcanzaron jamás las mujeres mas celebradas por la historia. ¿Podemos comprender la grandeza de Jesús? ¿Es dado á la humana elocuencia describir las humanas y divinas perfecciones del Hijo divino de María? ¿Quién ha comprendido su generación eterna y su generación humana? *Generationem ejus quis enarrabit?* ¿Y quién tiene palabra limpia y adecuada para expresar su poderío? ¿Dónde hay voces bastante sonoras y acentos bastante sublimes para cantar sus obras? El fué engendrado antes que el lucero; y cuando no había cielo con manto de estrellas, ni montes con sus altísimas cumbres, ni tierra con su alfombra de esmeraldas, existía El desde la eternidad, y con Dios era y

con el Espíritu de Dios, creando los mundos y dando el sér, el movimiento, la belleza y la vida á todas las criaturas. El es el Monarca del tiempo y de la eternidad, el Rey de los reyes y el Señor poderoso ante el cual se humillan de grado, ó por fuerza los que mandan y los que obedecen, los reyes lo mismo que los súbditos, los grandes y los poderosos lo mismo que los débiles y los humildes. Si *de grado* se humillan, serán ensalzados por su misericordia; si desconociendo su omnipotente y universal soberanía, se rebelan contra su soberana voluntad, serán vergonzosamente humillados por su justicia. El Universo es obra suya. Las naciones todas de la tierra constituyen su herencia. Si le rinden vasallaje de amor y de sumisión, brillará sobre ellas y fecundará sus entrañas el sol de la bondad infinita, manantial inagotable de dichas y prosperidades; si se alzan soberbias, proclamándose independientes á impulso de un liberalismo tan absurdo como desolador, brillará sobre sus altivas cabezas el rayo destructor de la divina justicia, y aprenderán en una lección tan elocuente como dolorosa que nadie se alza impunemente contra la ley soberana de aquel Dios que si mira de reojo á la tierra, la ha-

ce temblar, y si toca los montes con su ira, los reduce á pavesas. Él solo es grande, altísimo y justísimo. No hay término de comparación entre Jesús, Hijo de María, y los hijos de los hombres, entre la filiación del Verbo encarnado y las filiaciones de los hombres, aun de los mas célebres y encumbrados. Porque, á decirlo con el Doctor angélico, (1) la santísima Virgen, por cuanto es Madre de Dios tiene cierta dignidad infinita que viene del Bien infinito que es Dios, concedido en sus entrañas, y fruto bendito de su seno virginal.

Z. M.

(Se Continuará)

VARIEDADES Y NOTICIAS.

EL HERMITAÑO.

Sencilla como la fé que la levantó y que la sostiene; alegre como los pájaros que revolotean en torno de su torre, desnuda de artificiales atavíos como la naturaleza donde vive; álzase la Ermita oculta entre dos altísimos peñascos, no se si por modestia ó por gozar mejor de los encantos de la apacible soledad.

A lo lejos, en la ciudad perdida tras los árboles del bosque, el confuso clamoreo de los vendedores de periódicos, el incesante ruido de los carruajes, el vertiginoso movimiento de una gran población.

(1) Part 1.^a q. 25.

Allí únicamente el dulce canto de las alondras, el susurro de las hojas de los álamos agitados por el viento, el suave murmullo del río, y á lo más, los alborozados cantares del labrador que va al trabajo y vuelve de sus faenas ordinarias.

Cuando el sol dora con sus últimos rayos las cimas de los picachos y las copas de los árboles, y la noche va sembrando de estrellas el cielo y poblando la tierra de sombras y fantasmas, no queda junto á la Ermita mas sér humano que el Ermitaño.

El Ermitaño es popular en toda la comarca; porque hay un dia en que las cercanías del modesto templo y las laderas de las colinas y las alamedas próximas al río, tan solitarias de ordinario, se llenan de gentío inmenso, y las dulces sonatas y los redobles de los tambores se confunden con el severo canto de los sacerdotes, con el chasquido de los látigos y el ruido de los cascabeles de los carruajes; dia de júbilo y algazara en el que el Ermitaño se multiplica verdaderamente para que la fiesta resulte digna y para que nadie parta descontento. Destácase su tosco sayal entre los abigarrados trajes de los labriegos y los vestidos donde luce la sencilla elegancia de los devotos de la ciudad, y ¡cosa singular! aunque tan distante al parecer de unos y de otros en él encuentran los habitantes de los diseminados caseríos y los cultos romeros de la populosa villa al amigo solícito que por igual les atiende. Granjéase con la franqueza y sencillez de su trato el afecto de los campesinos y con su natural distincion las respetuosas deferen-

cias de los caballeros. Mas donde tiene el Ermitaño simpatías mayores es entre los niños; cuando se reunen para buscar nidios ó para cojer las flores campestres conque engalana en Mayo el altar de la Virgen, generalmente van á hacerle una visita. No es, sin embargo, todo desintéres; saben que volverá con seguridad cada uno con una estampa ó con una medalla y con el dulce recuerdo de cuentos entretenidos ó de fábulas que quisieran aprender de memoria.

Confieso que cuantas veces en alas de la devoción ó sorprendido en el campo por las tormentas, llegué á la Ermita, me alejé de ella pensando en el Ermitaño; enigma viviente me parecia, mas impenetrable mientras mayor era mi empeño en descifrarlo: aquella mezcla de urbana cortesía y de rusticidad al menos aparente, de vida solitaria y de modales de hombre de mundo, de pobreza y de aseo, de instruccion y de afan en ocultarla, fueron siempre para mí reunion de incógnitas que no acertaba á despejar.

Pero hubo una noche al cabo en la que una fuerte nevada me obligó á pedir albergue al misterioso custodio de la Ermita y en la que por fin salí de dudas. Cierto, que ni preparada hubiera encontrado ocasion mas favorable: la calma de la naturaleza y la quietud de la noche convidaban á secretas confidencias; borraba la hospitalidad las distancias, y no era el Ermitaño, por otra parte uno de esos hombres dotados de fria impasibilidad, refractarios á toda impresion y reservados por cálculo ó por deliberado propósito de ajigantar su figura con la

aureola del misterio: arcano era su vida, porque hubiera creído pecar de soberbio hablando de si mismo, porque el silencio que reinaba en torno del santuario habiale hecho también poco dado á la conversacion, y el voluntario apartamiento en que vivia le fué poco á poco concentrando y abstrayendo en dulces y tranquilas contemplaciones.

Así lo creí siempre: entonces me afirmé mas en esta idea: conócense desde luego las almas exentas de doblez, y en la del Ermitaño me figuré desde el primer instante que no era difícil leer:

Como en un libro abierto según la frase del poeta.

—Sentáos, sentáos junto al fuego, me dijo, mientras procuraba avivarlo echando un hacedillo de leña: ésto y el techo que nos cobija es lo único, bien lo siento que puedo daros. Resignaos de antemano á pasar una velada de absoluto aburrimiento.

—Nada de eso; por lo demás, me entretengo con cualquiera cosa; un libro, por ejemplo, dije yendo derecho á mi objeto.

—Un libro? de qué?

¿Teneis las obras de Schopenhauer por casualidad? se habla tanto ahora de ellas.

—¡Libreme Dios, libreme Dios de prestarlas si las tuviera.

—Hola! ¡Hola! Conoceis la filosofía por las trazas?

—Ah! nada... En otros tiempos...; no, nunca supe gran cosa.

—Adivino mucho detrás de esas palabras: tranquilizáos en cuanto á mis ideas: Estoy muy lejos de Schopenhauer y de sus doctrinas.

—¿Cómo, pues, deseábais leer sus obras?

—No tengo ese empeño: en la ciudad he oído hoy hablar mucho de los estragos que causan las producciones del célebre filósofo y venia bajo estas tristes impresiones.

—¿Y queríais contagiáros acaso?

—Con franqueza: queria solo averiguar indirectamente si estabais enterados....

—Demasiado por desgracia.

—¿Cómo?

De los perjuicios que pueden producir las malas lecturas.

—¿Solo de esos perjuicios?

—Pues de qué mas?

—De la misma filosofía de Schopenhauer.

—Y por qué? replicó el Ermitaño vendiéndose con su emocion.

—Vaya! perdonad mi indiscrecion: Comprendo que he tocado un punto que quereis ocultar: hablemos pues de otra cosa. ¿Hace mucho tiempo que vivís aqui? Vamos! esto no tiene relacion con Schopenhauer.... Que yo sepa á lo menos, añadí viendo reflejada la turbacion en el semblante de mi interlocutor.

Reinó un momento el silencio mas profundo: el Ermitaño visiblemente emocionado en voz muy baja me dijo:

—¡Un favor por Dios! ¿Ignorais realmente el secreto de mi vida?

—Os lo aseguro: nada sé; pero permitidme otro favor. ¿Es, en verdad, un secreto vuestra vida? ¿Estais dispuesto á no revelarlo ni aun á mí que á nadie lo diria si me lo exigierais? Y que lo sé sin que me lo digais: por santo os tuve...

—¿Santo yo miserable pecador?... Mas puesto que teneis ese deseo y vais á formar si callo un juicio de mi persona mas favorable del que merezco, sabedlo todo; tal vez mi relato despertará en vos buenos pensamientos y disipará cualquier tentación—no os lo atribuyo—de inclinarnos hácia ese filósofo cuyo nombre holgárame no haber conocido jamás.

Clavé una mirada escrutadora en la grave fisonomía del Ermitaño que continuó solemnemente:

—Nací muy lejos de vuestra patria; huérfano desde niño pusieronme mis tutores en un Colegio donde estaban casi desterradas las prácticas religiosas: luego pasé á la Universidad, á los quince años, peligrosa edad de insaciables anhelos, de locas presunciones, de entusiasta afán por inquirirlo y escudriñar todo. Calculad ahora el efecto que harian en mi las explicaciones de un profesor fanático por Schopenhauer, filósofo á quien el premio de la Real Academia de Ciencias de Noruega acababa de dar á conocer. Para luchar con la avalancha de errores lanzados sobre mí desde el sitio de la cátedra contaba.... con el hervor de la juventud, con los desfallecimientos de mi fé. Ah! La Fé! ¿Por que no aprecié mas tan valiosa joya? Hubiera sido ella mi áncora de salvacion; pero... burlábase entonces de las verdades cristianas, y podreis creerlo? dudé con el malhadado filósofo hasta de la existencia de Dios.... ¡Perdon, Señor, por tamaña blasfemia!... ¿Os escandalizaréis de oirlo? Ascuti á la absurda doctrina de que la idea de Dios es resultado de la educacion; juzgué vacias de sentido las pala-

bras alma y espíritu.... Y sin embargo, el excéptico materialismo en que se mecia mi inteligencia estaba muy lejos de satisfacer á mi corazón.... Sobre todo cuando pensaba en Gertrudis, una joven de mi pais en quíe cifré ilusiones y esperanzas; me parecia imposible viéndola rezar que no existiera Dios: hablábanme del alma el centelleo de su mirada y el pudor reflejado en su frente.

Por aquella época mi afición á los viajes, las noticias de las bellezas de vuestra patria, de sus artísticos monumentos, de sus poéticas campiñas trajéronme á ella.... En la ciudad de donde venis recibí una triste nueva... Gertrudis se casaba!...

—¡Como!

—¿Os asombráis? La inconstancia no es rara en el mundo... ¡Ay del que se va.. !

—Rudo fué el golpe.

—Tan rudo que me dejó anonadado por completo: no se si me hirió mas por lo terrible ó por lo repentino de la sacudida; ¡pero si os confesaré que no he pasado nunca momentos peores.

—Y ademas vuestra falta de creencias.

—Ah! en una alma iluminada por la Religion nunca pueden ser muy densas las tinieblas: pero en la mia en donde reverbaban sobre el caos de las aflicciones las máximas funestas de Schopenhauer calculad el torbellino de pensamientos infernales que se agitaban en mi conciencia. ¡Maldita la filosofía que enseñándome que la existencion de la vida era el término del dolor me puso al borde del abismo mas espantoso! ¡Maldita mil veces la doctrina que haciéndome mirar la muer-

te por inanición como un bello ideal me precipitó al suicidio!... Ah! sí, dentro de la órbita de mis erradas convicciones ¿que ocasion mas oportuna?

—¡Jesús!

—Horrorizáos enhorabuena: penetrando en las profundidades de mis crímenes, tropezareis con las huellas de la divina misericordia.

Hizo aquí el Ermitaño breve pausa, levantó los ojos al cielo y prosiguió con lentitud como si le costara dificultad continuar:

—Aquí llegué, al pié del peñasco que impide ver la Ermita viniendo de la ciudad: en mi mano estaba ya el arma homicida cuando... cuando...

Y la emocion le obligó á detenerse de nuevo.

—Serenáos, le dije.

—No; concluyo pronto: dos frases trajeron el viento á mis oídos que me llegaron hasta el fondo del alma: desde entonces las oigo resonar á todas horas dentro de mí.

—¿Amareis siempre á Jesucristo?

—Sí, contestaron millares de voces.

Y del pecho del Ermitaño se escapó un hondo suspiro.

Solté la pistola; trepé frenético por la colina y al llegar á la cima... ¡qué cuadro Dios mió!... ¡Señor! bendito seáis que os acordásteis de mí cuando mas lejos andaba de Vos! Cuando ¡loco desvariado! pensaba menos en la desgracia de perderos que en la pérdida de sueños de mentida felicidad...!!!

Quedó el Ermitaño estático: su rostro pareció iluminarse y su mirada adquirió un brillo especial. Después de un rato volviendo de su arrobamiento:

—Dónde íbamos? me preguntó.

—Decíais que un cuadro....

—Ya! Una numerosa romería rodeaba la Ermita; llegaba hasta el río la multitud que el templo no podía contener: hombres, mujeres, niños, jóvenes, ancianos, damas elegantísimas, robustos aldeanos... allí estaba toda la comarca unida en un mismo pensamiento reflejado en miles de rostros. Inmóviles, de rodillas sobre la yerba, escuchaban los romeros la calurosa oración del venerable sacerdote que les arengaba: tomáraseles por estatuas á no advertir los afectos que expresaban sus fisonomías. Mas cuando terminó la plática aquella muchedumbre dió rienda suelta á las explosiones de su entusiasmo: los vivas, las aclamaciones sucedíanse sin cesar; los ecos de un himno sacro cantado con valeroso brio repercutían de montaña en montaña.

Estaba absorto: la protesta de eterno amor á Jesucristo no se apartaba de mi memoria; y el espectáculo que tenía delante me dejó ensimismado.... De pronto yo no sabré decirlo... algo así como un velo que se rasga... como un dique que se rompe... lloré y lloré mucho. Después... doblé involuntariamente las rodillas:

Jesús! dije, creo que sois verdaderamente Dios! Ningun hombre ha conseguido hacerse amar diez y nueve siglos después de su muerte... Con tal vehemencia, con tal universalidad ningun amor mas que el vuestro ha herido el corazón de los mortales... Señor! Dios mió yo os adoro.

Calló el Ermitaño: encendiéronse sus mejillas en religioso fuego y movió los labios como cuando se reza.

—Luego, prosiguió, la romería se alejó poco á poco: su objeto estaba cumplido: los piadosos habitantes de esta comarca noticiosos de que el Gobierno (era la época revolucionaria) había anunciado la venta de su querida Ermita vinieron aquí en devota procesion y acordaron comprarla entre todos si la órden se llevaba á efecto para que no se cerrara el culto. Yo, testigo de aquellos desbordamientos de entusiasmo cuya causa ignoraba, quedé solo... ¡solo con vos Salvador mio que me perdonásteis misericordioso y me habeis dispensado la gracia de vivir á la sombra de vuestro santuario.

Y volviéndose á mí:

—Caballero, me dijo cogiéndome de la mano, acordáos de este pecador en vuestras oraciones.

VALERIO DEL PILAR.

A los entusiastas admiradores de la revolución francesa, les recomendamos los siguientes datos, compendio de un trabajo que con motivo del centenario de dicha revolución se ha publicado en la *Correspondencia de Roma*. En pocos meses se destruyeron 50.000 iglesias, entre ellas catedrales, como las de Cambay y Arras, las abadías de Marmontier, Cister y Cheny; 12 000 conventos; 20 palacios y fincas de nobles, bibliotecas y museos, dándose el caso de que un soldado preparase el rancho, llevando por delante un lienzo de Guido Reni Aniquiló tambien la revolución 82 provincias; 13 departamentos; 12 tribunas; 20 universidades; y puso bajo la cuchilla de la guillotina dos millones de ciudadanos. Suprimió 50 obispos; 300 cabildos y 200 instituciones piadosas, y después de tantas devastaciones no pudo asegurar las libertades que proclamaba. ¡Vaya si después

de esto hay razón de sobra para entusiasmarse con la revolución y para celebrar su centenario!

Preces.—Su Eminencia el Cardenal Arzobispo de Toledo ha dirigido solicitud al ministro de Gracia y Justicia para que, en nombre de S. M., se eleven preces á Su Santidad Leon XIII, con objeto de que se digne ampliar, por el número de años que sea su voluntad, el plazo de doce años, que espiran en el próximo de 1890, de la concesion de la Bula de Santa Cruzada; y para que, al mismo tiempo, dé su sabia interpretación en aclaracion de algunas dudas suscitadas sobre la inteligencia de algunas cláusulas del Breve de Pio VII sobre el uso de carnes en días prohibidos.

Esta solicitud se ha pasado al Ministerio de Estado, para que, por conducto del embajador de España cerca de la Santa Sede, se eleven las preces que se piden á su Santidad.

Coleccion

de Sermones morales, Panegíricos, Homilias y Pláticas para Asociaciones religiosas.

OBRA ORIGINAL,

compuesta por el

DOCTOR DON ZACARIAS METOLA,

Canónigo Lectoral de la S. I. M. de Burgos

Cuatro tomos en pasta. Los Señores Sacerdotes pueden adquirirla por celebracion en el *Centro Católico*, y dirigiéndose al autor los de afuera, con un recibo en que bajo su firma se encarguen de celebrar *pro intentione dantis* 12 Misas con Responso.

Precio en rústica 13 pesetas; en pasta 16; para afuera 1 peseta mas y 50 cénts.

Imp. Católica, Huerto del Rey, 13.